

# REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

**Depósito Legal: J 696-2013**

**Editada en Jaén (España) por Encarnación Sánchez Arenas**

**ISSN: 2341-0086**

# Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

**14ª Edición:** diciembre del 2026

**Enlace a la página Web:** <http://www.revistapenelope.com>

**Email:** [encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com](mailto:encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com)

**Teléfono de contacto:** 617 91 87 97

**Relato**  
*de*  
**Carlos M. Martín Nogués**

## LA SUCURSAL

Llegué temprano, en estos sitios nunca sabe uno lo que se puede tardar y hoy tenía cita con el médico antes del mediodía. Nada grave, espero, solo una revisión rutinaria. Pero si pierdo la cita, a saber cuándo me volverán a dar otra. Por eso he venido tan temprano. Tras un largo mostrador de mármol negro había no menos de ocho empleados realizando sus rutinarios trabajos. Dos de ellos, muchachas, se afanaban escribiendo cada una en un ordenador. Al fondo de la sala once personas hacían cola ante las dos únicas ventanillas abiertas al público. Me puse en la fila. *“No creo que tarden mucho en atenderme, dentro de dos horas tengo cita con el médico y es importante que llegue a tiempo”*.

Observo que el mostrador está dividido en cuatro tramos separados entre sí por blancas y recias columnas cuadradas, bastante anchas. Sin contar con las dos ventanillas, una de las cuales acaba de cerrar. *“Vaya, hombre. Ahora irá todo más lento”*.

Miro tras el mostrador y comprubo que hay menos empleados, ya solo quedan cuatro. Debe ser la hora del desayuno. También es mala suerte. De las dos empleadas que escribían en el ordenador, nada más que hay una y parece tener serios problemas para continuar escribiendo. Su computadora se debe haber estropeado. Me acerco a la atribulada muchacha para indicarle que al otro lado de la columna hay un ordenador libre que quizás funcione, creo que es importante ayudar al prójimo.

—Perdone, señorita, pero quizás pueda usted utilizar el otro ordenador, ese que está al otro lado de la columna.

Me mira sorprendida.

—Haga el favor de volver a la fila —responde malhumorada—. Solo atendemos a los clientes en las ventanillas. Póngase en la cola.

—Yo solo quería ayudar.

—Ya se lo he dicho, solo le podemos atender por la ventanilla. Espere su turno.

Obediente, regreso a la fila. Miro de nuevo a la ventanilla. <<<<en ese momento están atendiendo a una mujer bajita, rechoncha y bastante mayor, que gesticula mucho. Lo mismo habla con la empleada que está tras el mostrador que con el hombre que va detrás de ella en la cola. De pronto, la empleada abandona la ventanilla y se dirige a un hombre que está sentado tras una mesa. Discuten, la empleada señala de vez en cuando a la señora mayor. No sé qué ocurre, pero por sus gestos parece que existe algún problema con la mujer que está en la ventanilla. *“Al final tendré que marcharme sin que me atiendan, ya llevo aquí un cuarto de hora y no puedo llegar tarde al médico. Bueno, todavía puedo esperar un poco”*.

Las personas que están delante de mí se acercan a la pared opuesta al mostrador, despacio, sin prisas, y se sientan en unos bancos de madera en los que yo no había reparado hasta ahora. Todos menos la viejecita, que permanece de pie delante de la ventanilla. *“Vaya, al parecer a esta gente no les importa esperar. Me parece que me tendré que ir sin que me atiendan”*.

Cuando vuelvo a mirar hacia el mostrador me doy cuenta de que ya no queda ningún empleado, ni siquiera la chica de la ventanilla. Nadie. *“Por eso se habrán sentado los que esperan ser atendidos, no tendrán prisa. Bueno, pues yo me marcho ya”*.

Me acerco a la puerta de la calle y la empujo, pero no se abre. Lo intento tirando hacia atrás. Nada, imposible abrir. Tendré que pedirle a algún empleado que la abra, no tengo más remedio que irme ya para no llegar tarde al médico. No puedo esperar más. Busco a un empleado, pero no hay ninguno, han desaparecido todos. *“Les preguntaré a los que están sentados”*.

—Perdonen que les moleste, ¿alguien sabe cómo se abre la puerta de la calle?

Me miran primero a mí y luego entre ellos, después estallan en una carcajada.

—Oigan, ¿de qué se ríen? Tengo una cita muy importante, es necesario que salga de aquí enseguida.

Arrecian las risas.

—Dice que quiere salir. Ja, ja, ja.

—Ya lo he oído, ¡qué gracioso! Ja, ja, ja.

Y continúan riendo sin preocuparse por mis dificultades.

Voy hacia la puerta y lanzo la planta del pie contra el cristal, furioso, sin pensar que, caso de romperse, podría herirme en la pierna. Pero no consigo nada. Las carcajadas van en aumento.

Colérico, sin saber qué hacer, salto al otro lado del mostrador, cojo una de las sillas de los empleados, vuelvo a la puerta y golpeo con ella el cristal con todas mis fuerzas. Solo he conseguido que las risas se incrementen. Un hombre bajito y calvo incluso se retuerce de risa revolcándose por el suelo.

Vuelvo a saltar al otro lado del mostrador con la esperanza de encontrar otra puerta, los empleados deben haber salido por algún sitio. Nada, solo una compacta pared alrededor de toda la estancia. Ni siquiera estanterías ni cuadros, solo la pared fría y desnuda.

Los demás han dejado de reír y han vuelto a su resignada y paciente actitud de espera, sentados en sus bancos. Desalentado, me siento junto a ellos al final del último asiento. En ese momento entra una señora joven y elegante. Corro hacia la puerta para intentar salir, pero cuando llego ya se ha vuelto a cerrar y me resulta imposible abrirla. El mecanismo de apertura debe estar por fuera. Ahora no recuerdo cómo la pude abrir para entrar.

Al regresar hacia el interior veo que todo está de nuevo como al principio, cuando yo entré. Ocho empleados tras el mostrador, dos ventanillas abiertas, con la mujer mayor en una y un hombre joven en la otra, y todos los demás de pie haciendo cola ante la ventanilla. Resignado, me incorporo a mi puesto en la fila.

La señora que acababa de entrar se dirige a mí.

—Creo que voy detrás de usted.

La miro a ella primero y luego en derredor.

—Sí, señora, usted va detrás de mí.

Y, dócil y paciente, me decido a esperar.